

bertad un mito, el orden un lío y el gobierno una ficción lamentable,—es natural que los tributos satisfechos le parezcan absurdos, puesto que de nada sirven, y que por lo tanto haga todo lo posible para evitarlos. Y entonces procura defraudar al Estado, por la sencilla razón de que el Estado lo defrauda a él. Los ingleses, los alemanes, los franceses, en un caso semejante, harían exactamente lo mismo.

El ejemplo moralizador debe empezar desde arriba. Si el Gobierno pudiese sostenerse largo tiempo; si a este sucediese, luégo, otro mejor todavía; si los Ministros fuesen todos hombres capaces, conocedores de su especialidad, y se mantuvieran cuatro, seis, ocho, diez años en sus respectivos departamentos, organizando e impulsando concienzudamente los servicios, dentro de dos lustros no habría ni un solo hombre normal que fuese defraudador en España, por la simple razón de que tampoco habría un español defraudado. Pero si hemos de volver a las locuras de antes, a las ambiciones personales, a las zancadillas políticas, a los Gobiernos eternamente